

CAYETANO HEREDIA

(Episodios de una vida)

por ERNESTO EGO AGUIRRE FEBRES

Lima se consternó cuando supo que había muerto un gran médico. Poco antes, un día de marzo, dictó al escribano público su última voluntad. En San Miguel de Miraflores, donde ningún percance turbaba la paz del caserío, la pluma de José de Selaya iba registrándola, ante la mirada suspensa de Miguel Evaristo de los Ríos, su sucesor en el Decanato de la Facultad de Medicina, y del Presbítero don Eduardo Alvarado, íntimo amigo suyo. Una fuerte emoción debió estremecer a los circunstantes, cuando Cayetano Heredia, antiguo Protomédico de la Nación y Fundador y Primer Decano de la Casa de San Fernando, dispuso que lo amortajaran con el sayal franciscano y, que en el mismo convento en que se educó, sencillamente y sin ceremonia alguna, se celebrara su funeral.

Y un día de Junio, el 10 del año 1861, cuando ya el invierno se había metido para enfriar hasta los huesos, esa mente y esa alma tan llena de exaltaciones, ese ser extraordinario que, sin saberlo, era el más ilustre de entre todos los médicos de su tiempo, abandonó la envoltura terrenal. Se fue, sin que el Perú se diera cuenta, dejando a "sus hijos", los fernandinos, envueltos en una tarea formativa, pues él, "el padre Cayetano", no podía ya más sostener la vida que se le escapaba.

¿Cuál es la historia de esa vida? Doña Manuela Sánchez se llamaba la que lo alumbró en Catacaos, el 5 de agosto de 1797. Tal vez con el fin de seguir el Sacerdocio vino a dar San Francisco, aquel viejo convento con portada arrebatada. Desde el zaguán hasta las torres un suave silencio envolvía las cosas. El menor tuvo que mostrar a celosos guardianes las pruebas de ser pobre y de ser huérfano. Y no sólo pobre y huérfano, sino de apellido conocido. Las gentes virreynales desconfiaban del pueblo llano. El apellido Heredia, aunque parecía que-

mado en el rescoldo popular, llevábamlo licenciados y corregidores. En los primeros años del ochocientos sonaba bien en el ambiente capitalino. La madre entrega al hijo, carga pesada, dejándolo entre los frailes que andaban por los grandes claustros y el huerto interminable. Doña Manuela huyó. En su pensamiento surgía el temor de su misma acción. Huía por miedo a lo que había hecho. Y, sin embargo, tenía miedo a la huida. Pero, se fue, como se fueron el ruido de sus pisadas y, en su pecho, el de su corazón sobresaltado.

La mentalidad naciente de Heredia se modela entre cirios, incienso y latines. La ceniza del amanecer, el punto de sol templado del mediodía y las columbras de la noche siempre lo agarran sobre los infólios. Entonces es cuando empieza a despertarse la vocación médica, incorpórea pero firme. La fábrica teológica del monasterio se polariza en su alma con acentos de ternura. Los frailes le contagian su modestia y su carácter, el carácter franciscano templado en lejanas y estoicas misiones.

Heredia, al cabo, deja el Convento. Y mientras cursa Humanidades en el Colegio del Príncipe, alcanza la ilusión de la Medicina, como rescate a su miseria. Hora llegara en que toque las puertas del Real Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando. Un día --el ansiado-- va por las calles. A su espalda quedan las gentes que van a sus labores o a sus ocios, esa sucesión de tipos que a él, en sus quince años, no le preocupan. 1813. Tiempos en que no se mezclan el pueblo y la aristocracia. Pero que, de una y otra, entresaca Pancho Fierro los personajes inmortalizados en sus famosas acuarelas. Llega hasta el edificio de la Plazuela de Santa Ana, que construyó Matías Maestro, por mandato del entusiasmo del Marqués de la Concordia.

El muchachito, flaco y endeble, siempre estudiando, seduce a sus maestros: Fermín de Goya, Luna Pizarro, Miguel Tatur. Como el joven Cayetano se destaca ya, le ceden, con gusto, ser Pasante de Medicina. Su cargo inicial en la carrera que le espera. Y donde aprende o la vez que enseña. Cumple, así, la escolástica del "Quadro Sinóptico" al exigir "que se alternen las clases en tal orden que el que se halle en la segunda pueda asistir de repaso a la primera". Igual que en todas las situaciones de su vida la posibilidad de ascender le llega con justicia, y lo hacen Regente de Cátedra. Lima, por entonces, era callada y feliz. En los hogares trascendía el olor de membrillo y de alhucema con que se guardaban las ropas. Las calles sin pavimento corrían hacia los remansos de las plazuelas, o de "las portadas". Los trajes libertarios rompieron su quietud. En los zaguanes, y arreglando la nación, los limeños que por las mañanas se aquician en las puertas

o se detienen en el Puente, comentaban los desastres de la Corona y los triunfos de la Emancipación.

Heredia, encerrado en el edificio de la esquina de San Andrés, no había tenido tiempo para enterarse de los sucesos. Metido en su cuarto, donde apenas hay un catre, un tres pies con su palangana y su jarra, una pobre mesa con palmatoria de roñosa vela de sebo y una silla rústica, el fernandino estudia y medita, mientras al recinto sólo entraba un poco de luz para ver y un poco de aire para los pulmones. Pero no importa. Los hechos han llegado a su conocimiento por el camino más corto. El Colegio se llamará de la Independencia. Así lo había dispuesto la Junta Gubernativa del Marqués de Torre Tagle.

A nadie puede extrañar que su patriotismo, ganado por la indescribible fascinación de la obra emancipadora, se encendiera de fuertes ilusiones. Una altísima voluntad parecía empujarlo a trabajar más. Y para proseguirlo alcanza a ser Profesor de Medicina. Nada falta ya para la plenitud de la graduación.

En el gran salón donde resonáran los ecos de las voces de Unanue y Luna Pizarro, de Valdez, Pezet y Vergara, se gradúa Heredia. Es el 7 de agosto de 1826. Gran ceremonial tenían las graduaciones. Su pompa, todavía incontaminada por el republicanismo del paisanaje, atraía la atención de la ciudad. Ante magistrales y canónigos y otras reverencias militares y eclesiásticas, Heredia es elogiado por sus maestros y por los miembros del Protomedicato.

Al egresar Heredia tiene 29 años. Los muros del convento franciscano, con su aislamiento severo, y la lectura solitaria de los tratados científicos, comidas pobres y paga escasísima en el Real Colegio de San Fernando, definen su personalidad. Ha aprendido el arte de callar por una autodisciplina férrea. Es resistente al lujo y a la fastuosidad. Sabe ocultar la vida privada y el sentimiento personal. Y posee una gran maestría para observar y conocer el alma humana. Así formado pone los pies en la profesión médica. Se le presenta, en toda su magnitud el problema crepuscular de la medicina nacional. ¡Reorganización!, se dice, por todas partes. La palabra se transforma, para Heredia en punto de partida. Obligado a mejorar en conciencia el panorama médico, al ex-alumno fernandino se le van confiando las más altas funciones: Miembro del Tribunal del Protomedicato y su Examinador Oficial, Cirujano del Ejército, Inspector General de Hospitales, Presidente de la Junta Directiva de Medicina, Rector del Colegio de la Independencia. En un momento se le aleja, incomprensiblemente, de su Rectorado. Bebe las hieles amargas del desencanto. Un tiempo después vuelve a entregarse a su sabiduría.

Heredia, con su desbordante personalidad, cumple, en el tiempo y en el espacio, los ritos de todas las funciones directivas puestas en sus manos. El conoce todas las deficiencias de la vida médica. El aliento de servir a la Patria lo enciende y anima. Y su calor, no lo abandonará nunca. ¡Que le importa las incompresiones del poblachón atento a sostener en vano su gran circo político! Trabaja y duerme, aunque ileno de preocupaciones, desde que se estableció la costumbre de los cambios de gobierno por medio de asonadas militares y cuartelazos. Pasan Gamarra y Orbegoso con su Abrazo de Maquihuayo; Santa Cruz, Salaverry y los episodios de la Confederación; Vivanco, Vidal, Echenique; las luchas, por el predominio, entre liberales y conservadores, que daban color político a los mariscales que llegaban a la Presidencia. Todo esto preocupa a los que escriben, a Segura, a Aliaga, a los que inventan coplas para que las cante el pueblo reemplazando a la olla familiar. Era cosa de los tiempos. Tiempos del "costumbrismo" y de las "consignaciones". A Heredia, al señor Doctor, sólo le interesa formar médicos que salven la pobre vida de miles de peruanos.

Y mientras se construyen y se destruyen las tormentas políticas, olfatea los momentos propicios para plantear las mejoras educacionales, encerradas en informes y escritos de inmarchitable lozania y acabada factura caligráfica. Una gaseosa e impalpable fuerza escondida casi no le dejaba sitio a un verdadero régimen educativo médico. Resultaba difícil, mucho más difícil de lo que se creía, lograr la aceptación de un plan bien meditado. La presión externa de gustos ajenos podía facilitar las cosas. Sobre todo si iban al dictado de prejuicios, snobismos o modas. Los chapados a la antigua llaman revolucionarias a sus proposiciones. Los modernos, con aires de liberales, las motejan de coloniales. Y unos y otros le recriminan que se acerque a los gobernantes de tal o cual matiz. Pero, ¿dónde podía dirigirse un Rector, un maestro de juventudes, si no era a los militares que ocupan la silla presidencial?

Heredia no cede a esas corrientes. Y se afirma en su albedrío médico. Tiene un cierto orgullo en su personal capacidad de entender. Y, por eso, esconde sus motivos de meditación que son, para él, en ascendente escala, el cuerpo humano, los procedimientos de la técnica, la palabra del hombre, la ciencia, el cosmos. Fiel a sus concepciones —sin que ello comporte resistencia a crearse con aires distintos— acredita la autenticidad de su inspiración hipocrática. Por fin, el éxito, el aplauso suena. Consigue la aprobación del Reglamento que normará la vida del Colegio de la Independencia. Todo él es obra suya más que

de los comisionados, los doctores Miguel Evaristo de los Ríos, Manuel Sclari y Manuel Tordoya. En estos momentos se descubre en el carácter de Heredia otro rasgo muy marcado: su desinterés. Le importa una cosa: el progreso de la medicina peruana. Su fama personal le despreocupa, dejando confundidos y perplejos a los que están en el secreto. Dos hombres de gobierno, dos hombres de esos que sueñan despiertos, firmaron el Decreto de 4 de marzo de 1843, que lo oficializaba: El General Francisco de Vidal y su Ministro de Instrucción, don José Dávila Condemarin. Comentándolo en un libro suyo el doctor Carlos Enrique Paz Soldán lo llama "carta expedida en una hora de idealismo cívico" porque "se caracteriza, fundamentalmente, por su doble inspiración tradicional y novedosa a un tiempo" y a la que "le dio profundidad doctrinaria la cultura greco-latina que lo anima".

El Colegio de la Independencia es la mata de los grandes médicos, de los que forjaron, en 1856, la Facultad de Medicina de Lima. Los discípulos andaban juntos y firmes. Diariamente se reunían, ellos y Heredia. ¡Con qué seriedad atraviesan la puerta de sonoros goznes, que un grabado de la época nos dice, con letras anchas y cortas. "Colegio de la Independencia". Dentro, todo es conventual. Caracteres y formas de vida netamente religiosas. En su albergue hay internos, porque, otros, externos, llegan de los distintos rincones de la ciudad. Las falencias en el Erario público tienen su medida exacta en la vida de la casa de estudios. Se vuelca el corazón al verla. Ni a Heredia, ni a los fernandinos, logra hacerles desandar los sueños. El parvo aprendizaje vá adelante. "El padre Cayetano", tan alamado y de tan copiosa clientela, lo deja todo para servir a la enseñanza. Vela por "sus hijos", sus discípulos. Y los ayuda con su propio peculio. Las campanadas de las iglesias suenan cercanas, marcando al atardecer la hora de la oración. Los externos se van sin detenerse, porque sus bolsillos están vacíos, ante la "picaronera" que fríe sus redondas sortijas, mientras el guindilla uniformado ronda por el sector. Los internos, sujetos a rígida disciplina, pasan al comedor y, luego, al incómodo dormitorio.

Heredia labora para todos. Sabe que el progreso de la Medicina reclama atención y rentas. Traza, por eso nuevos proyectos. Por los salones de las familias provenientes del mejor criollaje del virreynato, aparecía algunas veces. En ellos hay tertulias, de graves señores, damas cubiertas con la saya "orbegosina" o "gamarrina", el brillo de los grandes uniformes, y conversaciones explicativas, enfáticas y algo cargantes. El no vá porque sí, pues no es cursi, ni elegante. Busca el contacto con las personas influyentes del país. Ahí alterna con ellos, y con los otros, en tanto que el "sarao" se anima con el balanceo de las cri-

nolinas. Severo y arrogante, es de trato agradable, de comunicativa humanidad. Desplegaba los recursos de su genio y los sentimientos de su alma. El influjo del lugar, la fuerza de los proyectos que ponía en juego, sostienen en plena tensión a los circunstantes. Las fuentes que fertilizan su ingenio manan de muy hondo. Si vamos a creer a Juan Antonio Ribeyro "la literatura antigua le era familiar"... "tan severo partidario fue del clasicismo de sus tiempos que media lanzas en defensa de las reglas y de las unidades que caracterizan los escritos de los autores griegos y latinos". . . y era "muy versado en la original y bella literatura española de la edad de oro de sus hombres célebres".

Entre charla y charla, mientras el "rigodón" o "los lanceros" envuelven de esperanzas a las parejas, Heredia vá convenciendo a gente muy principal. El reformador conducía, por buenos caminos, los proyectos de su obra científica. De sus antiguas amistades no está ya Fermín de Goya, el Presbítero vizcaíno que lo perfeccionó en Latín, ni José Gregorio Paredes, que lo ilustró en Matemáticas, ni José Manuel Dávalos, su catedrático de Materia Médica. Todos dejaron la vida y no puede contarles sus triunfos, sus planes ahora asegurados. Mandará a París a sus mejores discípulos para que se perfeccionen. Y se fueron Rafael Benavides, José Pró, Francisco Rosas, Camilo Segura y José Casimiro Ulloa.

"Siembra apostólica" la llama, lleno de acierto, Carlos Enrique Paz Soldán, el gran tratadista herediano. En la correspondencia que posee del "padre" con sus "hijos" entresaca y publica éstas líneas, dirigidas a Ulloa: "Estudia, día y noche, las materias que te han encargado y lo demás queda a mi cargo". "Recorre los clásicos, léelos con meditación: Sydenham, Stoll, Haen, Gagliavi, Hoffman, sin olvidar nunca a Hipócrates". "Enfermos en los hospitales y nada más". "Sirve de guía a tus demás colegas, indúceles los ramos que deben estudiar, ánimalos en su empeño y venir después a ser útiles a la patria. Son las aspiraciones de tu padre".

Si hubiera necesidad de una prueba de la autenticidad del apostolado de Heredia, bastaría con la citada. Sólo una "elite" puede consumir una tan consagrada dedicación en nombre de la cultura para el beneficio del saber médico de un pueblo. Y aún cabría decir que ese hecho cultural entrañable rinde de admiración: cinco hombres preparan, bajo la dirección de Heredia en una cruzada de arte médico, un legado espiritual que ya tiene cien años.

En esos días de la Lima castillista las calles están sobresaltadas. La Convención Nacional es la expresión del oleaje de las pasiones. Al Estatuto provisorio, antes de aplicarlo, se lo lleva la nueva Consti-

tución. Los intelectuales la tienen tomada con los pronunciamientos armados. Ansían el modelamiento nacional. La salud y la vida de los peruanos pese a los "cierrapuestas" es preocupación principal. Del manantial de las reformas sale, el 9 de setiembre de 1856, un Decreto histórico. Lo firman el Gran Mariscal Ramón Castilla y su Ministro de Instrucción, Culto y Beneficencia, José María Seguín. "En uso de la facultad que compete al Gobierno, conforme al artículo 8, título 1º, Sección 3a. del Reglamento dado en la misma fecha"—y que figura en el Peruano del 13 del mismo mes— nómbrase : Decano de la Facultad, a Cayetano Heredia, Profesores Titulares a José Eboli, Antonio Raymendi, Rafael Benavides, José Mariano Macedo, Mariano Arosema Quesada, José Julián Bravo, Miguel Evaristo de los Ríos, José Jacinto Corpancho, Julián Sandoval, José Bustillos Concha, Juan Rodríguez, José Pró, Francisco Rosas, Manuel Odriozola, Camilo Segura y José Casimiro Ulloa, y Profesores Auxiliares a Manuel N. Corpancho, Rafael Grau, Evaristo D'Ornellas, Joaquín Andueza, José Zuleta y Juan P. del Solar.

Cayetano Heredia es el primero en traer al Perú las formas más avanzadas de la cultura médica francesa. Los avances de la Escuela de París, la admirable labor de Orfila, fueron fervorosamente predicados en tierras peruanas. Y constituyen los gérmenes más vivaces de nuestra calidad médica en largos años. No cabe desconocer que a su costa se nutrieron todos los que pasamos por San Fernando. Y más de una reserva merecería la animadversión, acaso sin matiz, que ha sofocado de los seguidores de otras tendencias. Hay en la claridad gala una ley de tenacidad contra la cual no han podido del todo los ímpetus de nuevas escuelas médicas. A Heredia las reacciones conservadoras no lo cogen desprevenido. Y sabe estar armado contra la petulancia de la ilustración. Tiene la experiencia de lo ocurrido con su proyecto de Reglamento que, antes de crearse la Facultad de Medicina, elevó a la Dirección General de Estudios. "Examinado, modificado, revisado, atravesando por tan diferentes juicios —escribe Ulloa en la Gaceta Médica de Lima del 30 de setiembre de 1856— sometido a tan distintas influencias, no es extraño que haya perdido su primitivo carácter y lleve el sello de las vicisitudes por las que ha pasado". Y en el colmo de su exaltación, añade : "es el *ecce homo* de aquella, tan graves son las mutilaciones que lleva marcadas en su fisonomía".

Al futuro médico de la Facultad vá a suministrarle una enseñanza muy completa. Por encima de audacias o de clasicismos los somete a pruebas muy severas. Heredia es un depurador refinado. De otro modo no es posible obtener el Diploma de Doctor. Los alumnos deben exhibir, en series de exámenes, las muestras de su saber. El jurado,

su imparcialidad y la sólida garantía del buen desempeño de sus labores. Ambos han de asegurar la disciplina y el prestigio de la Escuela. ¿Que es el médico sino un elemento investido de carácter público? El servicio real que va a prestar es proteger la salud y la vida de sus semejantes. A no ser que se piense que agota su misión en lograr, por varios medios, aprobar tan sólo los estudios. O en la de correr la carrera del diploma y de la beca en el extranjero. Realizar el tipo de médico no está al alcance de cualquiera. Se precisa reunir vocación y aptitud, saber y sacrificio. Y al mismo tiempo, no está de más sentir la complacencia discreta del deber cumplido. El rango y el dinero, si vienen, que sea en buena hora. Exitos claros, que no hagan agujeros en el tono, también claro, de la conducta. Siempre es eso la vida del médico bien entendida. ¡Feliz el médico que pone su acción al servicio de una realidad por humilde que parezca! Siempre contará con la estima pública.

Cuando Heredia termina su mandato de Decano no lo reeligen. Le designan un sucesor. Tiene que dejar su obra traspasado de pena. Creía y lo han hecho descreer. Esperaba y lo han hecho desesperar. Decide callar. Sabe que la mitad de los proyectos que conciben los hombres cambian de sentido al complicarse con la vida oficial. Y tal vez confió que su obra, colmada y serena, le haría acreedor al reconocimiento de cuantos vayan conociendo su amplitud y seguridad.

¡Y luego! La soledad cae sobre los días finales de su vida. El ser que quedó en San Miguel de Miraflores era un pobre hombre fatigadísimo que tosía con las manos puestas sobre el pecho. Extraña forma de amiquilamiento que ningún biógrafo precisa. Es inútil que le pidan dormir, desvelado por los achaques. Le relucen en su interior las imágenes que solo él vé : las escenas de su juventud; las luchas, con sus éxitos y fracasos; su Facultad que anhela como casa gloriosa. Y el recuerdo de unos ojos entrecerrados. Se enamoró de ellos con esa viva ansiedad con que su vida de estudioso perpetuo lo encadenó al oficio médico. Y allí está, ahora, cerca de él, acompañándolo, José María, su hijo, el fruto de aquella pasión. Lo ha reconocido como su heredero y nombrado un tutor. En el desvelo empiezan las cosas a desdibujarse. Ya el corazón no le presta su concurso. Y al avanzar la noche, a tientas, tomándolo de la mano, se lo llevó la Gloria.